

7
BIBLIOTECA INFANTIL
Sevillana



LA EXPIACION

LIT. DE J. LAMA SEVILLA

ANT-XIX-1841/7

R. 43.698

1

p



608 / 1

LA EXPIACIÓN

16 cm.

BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA



LA EXPIACION



Cuento para Niños

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

Tipografia de *La Industria*, Sierpes, 19

1896

Es propiedad de su autor
D. Rafael Zambrano y Rubio.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



LA EXPIACION



El Sol iba trasponiendo la alta sierra, en cuya falda hállase enclavada la pintoresca aldea de Z. Los trabajadores regresaban á sus hogares para buscar en éstos el descanso á las rudas faenas del día, y, bien poco después del anochecer, la mayor parte de las casas estaban cerradas. El silencio que reinaba en aquella localidad era solo interrumpido de vez en cuando por el canto triste y monótono del buho, ó por la vibración de la campana del reloj de la Iglesia.

Acababan de dar las diez: las pisadas de



y detenerse al pié de la cruz...

una caballería se hacían cada vez más perceptibles: al poco rato viose aparecer y detenerse al pié de la cruz del humilladero un joven montado á caballo. Descubriose, y á la débil luz que despedía el farolillo que alumbraba la sagrada imagen, pudo observarse que aquel hombre contaría escasamente unos treinta años: su rostro pálido y enjuto, y la tristeza de su mirada, eran señales inequívocas de que un profundo sentimiento desgarraba su alma. Fijos sus ojos en el Cristo que pendía de la Cruz, movía sus labios repetidas veces para dirigir al Cielo sus oraciones.

—Vuelvo á tí, imagen venerada, al cabo de veinte años— exclamó el recién llegado.— Cuando salí de esta aldea, y entonces era casi un niño, llevaba tranquila mi conciencia y las más gratas ilusiones me sonreían

¡Qué diferencia de ayer á hoy! ¿Por qué olvidé tan pronto los consejos de mi madre? ¡Qué desgraciado soy! Haz, Jesús mío, que recobre mi pérdida calma.

Y al expresarse de aquel modo, dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Terminada su oración, calóse el sombrero, y á buen paso del caballo, fué á hospedarse en la única posada de aquel lugar.

Al día siguiente no se hablaba en la aldea de otra cosa que de la llegada del forastero.

—Debe ser muy rico,—decía el dueño de la posada á unos amigos,—porque trae puestas sortijas de brillantes, y éstos son grandísimos.

—¿Y, tú no le has preguntado como se llama?

—Todavía no; él fué quien me dijo; ¿Vive la señora Marcela? ¿Y los padres de Quintín N. viven aún?

—Yo le contesté que no; que habían muerto todos; que sólo vivía Quintinito como nosotros llamamos al hijo de N.

—¿Y qué dijo, él entonces?

—Pues nada, se entristeció mucho, por



Ante la fosa de la Señá Marcelá....

más que procuraba disimularlo: me volvió la espalda y se marchó seguidamente.

—¿Y á dónde? ¿Lo has llegado á saber?

—Ya lo creo; como que le fuí siguiendo: se encaminó al cementerio y allí le ví, con la cabeza inclinada, ante la fosa de la señá Marcela, muy triste y lloroso: permaneció largo rato en aquella actitud, hasta que al ver al señor Cura, que tuvo que acompañar al cadáver del hijo del herrero, se vino con él y juntos entraron en la sacristía de la Iglesia.

Los vecinos y el posadero se retiraron á sus habituales ocupaciones, deseosos de ver satisfecha su curiosidad.

Volvamos nosotros á la sacristía de la Iglesia.

El forastero, á quién desde ahora llamaremos Fernando, se expresaba con el señor Cura del modo siguiente:

—No es facil que pueda V. recordarme: hace muchos años abandoné esta aldea y, más que el tiempo, han contribuido á cam-

biar mi fisonomía, las muchas penas sufridas.

—¿Pérdida quizás de intereses? ¿La falta de algún ser muy querido?—dijo el señor Cura.

—Sí, señor; pérdidas muy grandes: he perdido la honradez que es la prenda de más valía que el hombre posée: y al perderla, he ocasionado la desgracia de personas que me fueron muy queridas.

—No os comprendo...

—Escuchadme: hace veinte años, abandonamos esta aldea dos muchachos que casi teníamos la misma edad: unos diez años. Juntos pasamos á la capital, en calidad de dependientes, á una gran casa de comercio.

Antes de mi partida no cesó mi buena madre de decirme: Hijo mío, que seas trabajador; que seas honrado: que nunca albergues en tu corazón la envidia: y acuérdate siempre de tus pobres padres, que los dejas aquí llorando hasta que vuelvan á abrazarte.

Yo desatendí, señor Cura, aquellos tan

buenos consejos. Enemigo del trabajo, me dañaban la actividad de mi compañero y el elogio continuo que hacían de él los jefes: era preciso deshacerme de aquella persona que podría ser obstáculo á mi prosperidad en aquella casa.

—¡Acción infame, reprobada por Dios y por los hombres! ¿Y la llevastes á cabo?

—Sí, señor, por desgracia mia: Sustraje valores de la caja, los coloqué en el baul de mi compañero y procuré que todas las apariencias le hiciesen aparecer el único culpable del robo.

—¡Qué iniquidad tan grande!

—Así lo he comprendido, señor; harto me pesa; grande ha sido mi castigo, y mayor es aún la expiación de mi delito, al no gozar de tranquilidad ni un solo día. Abandoné aquella casa que á todas horas me recordaba mi crimen; abandoné á España: en el extranjero hice negocios que en breve tiempo me han hecho rico: mas de nada me sirven las

riquezâs ni los placeres: corro de una parte á otra del mundo y por donde quiera me acompaña el grito de mi conciencia: hasta la desgracia he tenido de no poder recibir el último suspiro de mi madre: me avergonzaba el regresar á esta aldea; me consideraba indigno de vivir entre vecinos tan honrados.

—Ya sé quién eres, desgraciado: tu relato, que me apena, me lo ha hecho recordar. ¿Has llegado á saber que los padres de tu víctima Quintín murieron de pesar al conocer la deshonra de su hijo? ¿Sabes, quizás, que el infortunado muchacho es hoy, por tu causa, el desprecio de la aldea entera, y que la miseria le rodea? ¿A qué has venido por fin á este pueblo?

—A reparar en cuanto pueda mi falta: disponed de cuanto poseo: haced de mis riquezas el uso que queráis en favor de mi víctima: yo, mañana mismo, os abandono: ocultad á todo el mundo quien yo soy; pero antes de partir, os ruego que pidáis á Dios en

vuestras oraciones que me perdone; Él, que lee en el fondo de mi corazón, sabe que si ha sido grande mi expiación, es mayor mi arrepentimiento.

Fernando se postró ante el anciano Sacerdote sin poder articular sonido alguno porque el llanto se lo impedía.

—Sí, hijo mio: enjuga tus lágrimas: yo pediré á Dios que te perdone.

*
* *

Fernando no llegó á abandonar la aldea: sus sufrimientos, acentuados por la presencia de su víctima que le recordaba su crimen, le hicieron caer enfermo de gravedad: el desgraciado falleció á los pocos días.

*
* * *

Ya véis, lectores mios, á qué situación tan triste conduce la envidia al hombre que se deja arrastrar por ella.

Oponed siempre á tan repugnante y asqueroso vicio la virtud hermosa llamada Ca-



Yo pediré á Dios que te perdone....

ridad: que ésta sea siempre vuestra inseparable compañera, pues queriendo á Dios, querreis á vuestros semejantes y disfrutareis de una tranquilidad y satisfacción muy superiores á las que proporcionan las riquezas y vanidades del mundo.





